

# Un hogar de paz y felicidad 32

## Cumplir con las obligaciones

En algunas ocasiones la mujer le impide a su marido hacer las cosas que le gustan. Ésta es una señal que él no cumple con sus propios deberes hacia ella, privándola de sus derechos como recibir su atención, amor, consideración, etc. Ella simplemente le paga con la misma moneda ignorando su interés hacia ciertas cosas, incluso el estudio de la Torá. Ella le hace sufrir, pero en realidad esto demuestra su desamparo porque él la priva de su atención. Es como si le dijera: “El sufrimiento que ahora sientes es el mismo que me causas a mí”. Su conducta es de hecho un grito de dolor: “Me ignoras, me siento frustrada, me duele. Tal como tú sufres ahora, me estás haciendo sufrir de muchas formas”.

Por lo tanto, cuando un hombre percibe que su mujer le contraría, se opone a él y le hace sufrir, esto puede explicarse de dos modos: O que el eterno le pone obstáculos a través de su mujer para indicarle que tiene que corregir un defecto espiritual; o que el eterno le insinúa que él le priva a su mujer de algo y por eso ella le impide hacer su voluntad.

La razón más común por la que la esposa detiene a su marido o lo humilla es por sus violaciones de la santidad personal.

En conclusión: Cuando la mujer le impide a su marido hacer lo que quiere, si él posee un mínimo de fe debe examinarse y buscar qué es lo que tiene que corregir. Debe decirse: “No es mi esposa quien me lo impide - es el creador y tengo que entender qué es lo que me está diciendo. Quizás he violado mi santidad personal, tal vez privé a mi mujer de sus necesidades, o tal vez tengo que orar para conseguir lo que quiero hacer”.

Lo primordial es que el hombre que mira su vida a través de los lentes de la fe, no sólo se abstiene de ofender a su esposa, sino todo lo opuesto: la honra, la apacigua, la consuela y la fortalece. Y si un marido “baja la cabeza” frente al creador en esa prueba de fe y busca qué es lo que Él le está insinuando, entonces su esposa misma se transformará y, en vez de enfrentarse a él se volverá su ayuda y le dejará hacer lo que desea.

Todo hombre casado ve con claridad que tan pronto como el creador quiere que su mujer le ayude, ella se transforma en la más maravillosa de las mujeres; le sonríe, lo comprende, lo alienta y lo anima. Y entonces el marido se asombra y se pregunta: “¿Es ésta la misma mujer que sólo ayer envenenaba mi vida hasta el punto de desear la muerte? ¿Es posible que esta mujer agradable y dulce sea aquella que ayer me parecía un monstruo listo para destruirme?”.

En cambio, cuando el eterno quiere lo contrario, ella se convierte en su peor enemiga, dura como la piedra, despreciativa y lanzando amenazas temerosas. Y entonces el marido se extraña: “¿Es ésta la misma mujer que amé, con la que viví un tierno romance, donde faltaban sólo los violines y las flautas para completar el cuadro ideal de nuestra vida conyugal?”.

Todo esto nos demuestra que la paz doméstica es sólo la expresión de la maravillosa y exacta Supervisión Individual que depende de la espiritualidad del marido.